

# REPRESENTACIÓN Y SE DEL SOL EN EL MUNDO AMERINDIO



# NTIDO

## ALFONSO SORIANO ESPINOSA

Licenciado en Filosofía y Letras: Filología Hispánica de la Universidad de Murcia (España). Especialista en la Docencia del Español como Lengua Propia de la Universidad Pedagógica Nacional. Profesor de tiempo completo de la Facultad de Educación de Uniminuto. asoriano@uniminuto.edu

### RESUMEN

En las páginas siguientes desarrollo la tesis que puede concluirse tras la lectura de algunas fuentes primarias (códices indígenas y textos de los cronistas) que dan cuenta del mundo amerindio: la presencia del astro solar es el elemento central y preeminente en todos los mitos de las comunidades azteca, maya y muisca.

**Palabras clave:** mitología, símbolo, cosmogonía, pensamiento amerindio, civilizaciones precolombinas, códices, crónicas.

### ABSTRACT

On the following pages I present what any researcher can conclude when reading primary sources (indigenous codices and the Spanish chroniclers' writings) regarding the Amerindian world: the presence of the solar star is the central element in all the Aztec, Maya and Muisca myths.

**Key words:** mythology, symbol, cosmogony, Amerindian thought, pre-Columbian civilizations, codices, chronicles.

## INTRODUCCIÓN

Quizá, en estos días de la imagen y la tecnología digital, nos resulte algo difícil mirar hacia un pasado que se remonta a la noche de los tiempos en la búsqueda del hombre primitivo. Éste, en algún momento de su ser, sintió la necesidad de entrar en contacto con otros hombres dentro de su entorno natural. Podemos suponer que en ese instante hizo uso no sólo de alguna facultad verbal, seguramente arcaica, sino también de todo su cuerpo: sus manos, sus brazos, sus piernas, sus gestos. Surgió entonces la comunicación. Y si no podemos hablar rigurosamente del nacimiento del teatro tal como hoy lo conocemos, sí encontramos el primer germen de lo que más tarde llamaremos teatralidad.

En un ejercicio de la imaginación, podemos visualizar a este hombre imbuido en un mundo aún no traspasado por el filtro de la razón, un mundo enigmático, sospechoso. Este hombre, indefenso y pequeño ante la magnitud de la naturaleza en su estado puro, comenzó a divinizar todo lo que lo rodeaba. Lo vemos elevar su rostro hacia el cielo y suplicar cierta compasión y complicidad hacia sí mismo. El sol, las nubes, el agua de lluvia, los rayos, los truenos, son lo que podríamos llamar la sustancia de un universal mitológico dentro de una posible mitología general del ser humano. Al fin y al cabo, todo bien y todo mal llegaban desde el cielo. El agua y la luz solar que permitían la vida; o la tormenta y el huracán que volvían la existencia una amenaza atemorizante.

Para hacer más efectivos estos ruegos, el hombre decidió agruparse en comunidades. Surgieron así los ritos, poblados de actos simbólicos significativos, en los que la realidad y la ficción son una sola cosa. El baile, la música, el canto, las máscaras y el vestido, formarán parte intrínseca de estos actos expresivos del cuerpo y del alma, y el receptor original de estas manifestaciones del espíritu, el dios primigenio, el Dios Sol, será desde esta época inaugural el objeto animado sobre el que

girarán las vidas de los seres humanos: su búsqueda, su fe, su esperanza.

Son muchas las coincidencias entre las visiones míticas de creación del mundo -cosmogonías- de grupos aborígenes relativamente incomunicados entre sí, como fueron las comunidades azteca, maya y muisca. La coincidencia en los cuatro elementos básicos: aire, tierra, fuego y agua; además de la presencia fundamental del sol, visto como fuerza suprema alrededor del cual gira la vida de los hombres, hace al menos reflexionar en torno a una sensibilidad universal del hombre hacia su entorno natural, único, verdadero y sagrado cosmos en el que se inserta.

Coincido con Correa Rubio (2005: 197) en que “no hay mitos originales, sino distintas versiones”. Diferentes versiones alimentan una mitología general amerindia. Pocos textos, además, han llegado a nosotros sin ser corrompidos por el colonizador (la traducción de los textos en lenguas aborígenes a las lenguas modernas representa igualmente una traición parcial a la visión de mundo que ahí se nos lega<sup>1</sup>). Sin embargo, si aspiramos a ser científicos en el estudio del pensamiento indígena, considero que debemos respetar el imperativo siguiente: hasta que los investigadores no descubran nuevas fuentes, sólo el estudio de las escasas fuentes primarias indígenas y de las crónicas que nos dejaron los colonizadores puede darnos luces para el conocimiento de las civilizaciones precolombinas (otro problema diferente será el estudio de los actuales pueblos indígenas de América. En este caso, el imperativo obliga al trabajo de campo, a la convivencia con las sociedades indígenas, al encuentro en primera persona con los hombres de unos pueblos tan desconocidos como olvidados por el hombre occidental).

## 1

Para los antiguos mexicanos, cada sol marcaba una edad de la vida. En la época en que los aztecas dominaban toda la zona central de la actual República de México éstos ya habían asumido la existencia de cuatro edades o eras anteriores a la existencia del sol

del movimiento, el sol en el que ahora vivimos. A cada sol o edad le correspondió una tierra, y cada una de éstas fue desapareciendo siempre tras el desenlace de alguna catástrofe para el surgimiento de un nuevo mundo de mayor perfección.

Al primer sol lo llamaron Sol de Agua. Los hombres que vivían en esta etapa fueron llevados por el agua y terminaron convertidos en peces. Al segundo sol lo llamaron Sol de Tigre. Los hombres gigantes que poblaban esta tierra fueron devorados por los tigres. Al tercer sol lo llamaron Sol de Lluvia. Esta lluvia de fuego transformó a los hombres de esta era en guajolotes<sup>2</sup>. Al cuarto sol lo llamaron Sol de Viento y los hombres que habitaban esta tierra terminaron convertidos en monos.

El quinto sol fue creado en Teotihuacán, la ciudad de los dioses. Éstos, reunidos, propusieron que uno de entre todos ellos sacrificara su vida arrojándose a una hoguera para el nacimiento de un nuevo sol. Dos dioses se ofrecieron: el arrogante Tecuciztécatl y el modesto Nanahuatzin. El primero, sin embargo, no fue tan valiente como para ofrendar su propia sangre en las penitencias previas, algo que hizo el segundo en abundancia. A la hora del sacrificio, el temor inmovilizó a Tecuciztécatl, así que Nanahuatzin fue el primero en arrojarse a la hoguera, decidido. Éste quedó convertido en el sol, mientras que a aquél le quedó reservado convertirse en la luna. Cuando el sol y la luna aparecieron en el cielo, todos los dioses de Teotihuacán sacrificaron su vida para que los astros se pusieran en movimiento. Y así sucedió, y efectivamente el suicidio de los dioses provocó un ambiente propicio para el desarrollo de la vida futura del hombre en esta nueva era.

Los hombres que habitaron en este quinto sol –los hombres de los que descienden los actuales mexicanos– fueron creados por Quetzalcóatl, el Dios noble y sabio, quien tras recoger los huesos de los hombres de las generaciones anteriores, se los llevó a Teotihuacan, los trituró y los depositó en un barreño. Entonces, hirió uno de sus miembros y la sangre de

su cuerpo otorgó la vida a los primeros hombres de la nueva edad del Sol de Movimiento. Para estos seres, Quetzalcóatl encontró el maíz, sustento sagrado por excelencia del hombre americano. A partir del sacrificio de todos los dioses, los nuevos hombres quedarán para siempre en deuda con ellos, a quienes deberán presentar sangre propia y ajena en ofrendas.

El calendario azteca, o Piedra del sol, además de servir a los antiguos mexicanos para sus cálculos temporales y astrológicos, refleja estas cinco edades o cinco soles. En lo que los antropólogos conocen como el primer círculo del calendario, encontramos representados a los cinco soles generadores de vida. La piedra del sol se encuentra en el Museo Nacional de Antropología en la Ciudad de México.

A mediados del S. XIII d. c., un acontecimiento cambia la historia del México antiguo. Una comunidad nómada que había llegado desde el norte y que había sido repudiada y apartada por todos los pueblos a los que había llegado, encuentra su lugar en la historia. Cuenta el mito que, dirigidos por el Dios Huitzilopochtli, dios de la guerra y encarnación del sol, los aztecas iban buscando la tierra que los dioses habían reservado para ellos. La encontrarían allá donde el águila estaría devorando a la serpiente. Así lo cuenta la crónica<sup>3</sup>:

Llegaron entonces  
allá donde se yergue el nopal.  
Cerca de las águilas vieron con alegría  
cómo se erguía un águila sobre aquel nopal.  
Allí estaba comiendo algo,  
lo desgarraba al comer.

Cuando el águila vio a los aztecas,  
inclinó su cabeza. (Alvarado, 1949, p. 50)

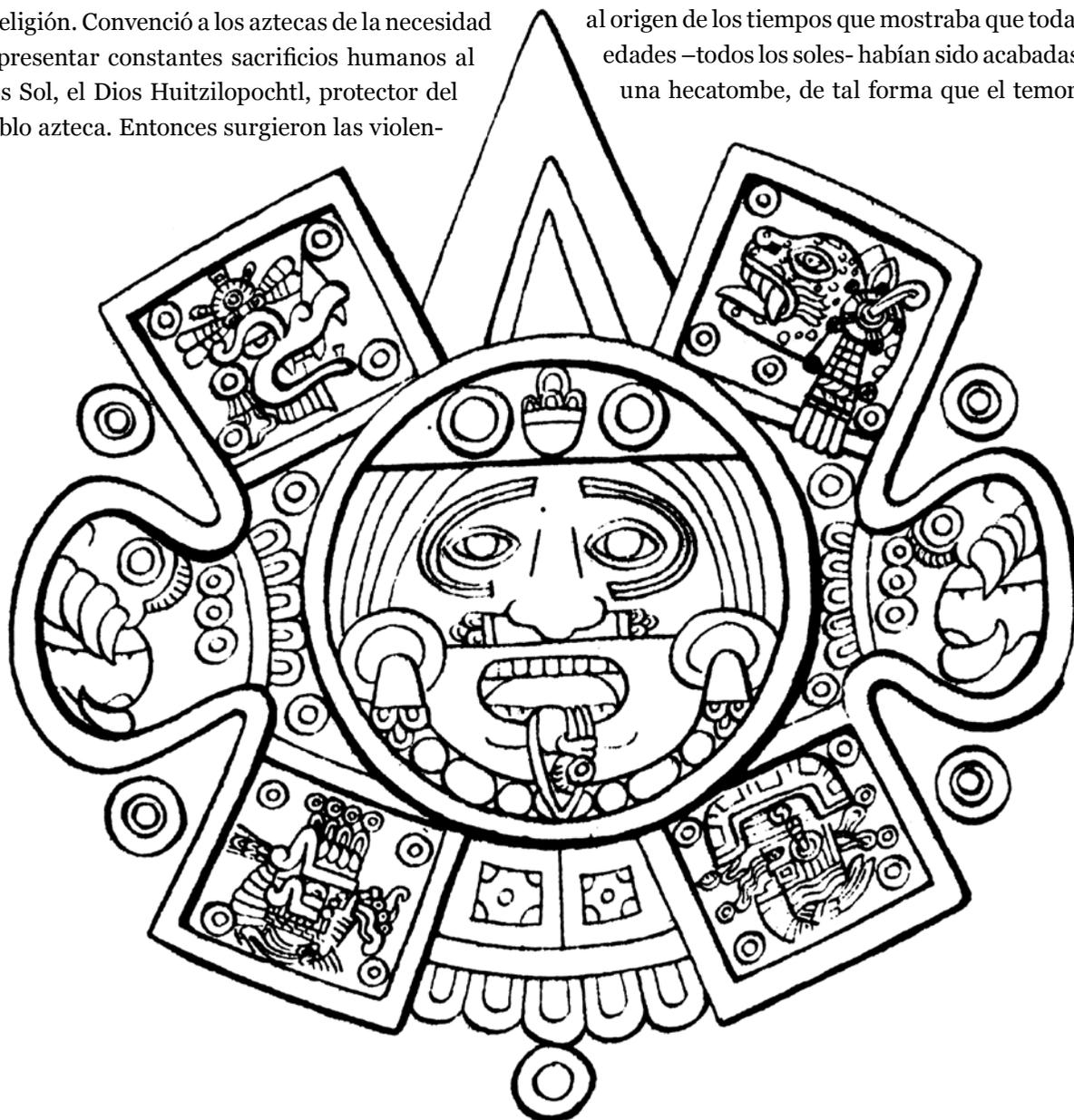
Los aztecas, que se autodenominaron pueblo escogido por el sol, constituyeron el mayor imperio que dominó jamás buena parte del territorio mexicano hasta la llegada de los españoles. Su centro político, militar y

religioso fue erigido en 1325 en el lugar donde el águila les había mostrado su destino: México-Tenochtitlan. Desde allí llevaron a cabo una labor de asentamiento y fortalecimiento de la ciudad capital, a pesar del asedio al que se veían sometidos por los pueblos vecinos en forma de tributos. En 1427, Tlacaélel, consejero del rey Itzcóatl y brillante estratega, persuade al pueblo azteca para pasar a una acción ofensiva que conduzca al sometimiento de los pueblos extranjeros y a la creación de un imperio azteca. Tlacaélel lo logró a partir de una reinterpretación interesada de la historia, el mito y la religión. Convenció a los aztecas de la necesidad de presentar constantes sacrificios humanos al Dios Sol, el Dios Huitzilopochtli, protector del pueblo azteca. Entonces surgieron las violen-

tas campañas en busca de la sangre que colmara las ansias del Dios Sol.

El imperio azteca, sin embargo, no cumplió su segundo siglo de existencia. La llegada de Cortés en 1521 dio un nuevo giro a la historia e interrumpió la apoteosis de poder en que se había convertido Tenochtitlan.

Lo que Tlacaélel había logrado era introducir en su pueblo, el pueblo escogido por el sol, la idea de una misión otorgada por el dios encarnado en el sol, el Dios Huitzilopochtli. La historia mítica que se remontaba al origen de los tiempos que mostraba que todas las edades –todos los soles– habían sido acabadas por una hecatombe, de tal forma que el temor por



la muerte del sol le sirvió a este jefe intelectual para impulsar una corriente de acción de pensamiento místico-guerrero, con un fin: el cuidado, la alabanza y el mantenimiento del Dios Sol. En definitiva, el mantenimiento de la vida en la Tierra.

## 2

A comienzos del Siglo XVIII, Francisco Ximénez, padre dominico párroco de Santo Tomás Chuilá, la población guatemalteca actualmente denominada Chichicastenango, encontró el manuscrito del Popol Vuh. Aquel manuscrito, el más original del que hoy disponemos, fue escrito por un indígena en el siglo XVI en lengua quiché. La fijación de este mito en la escritura -originado y conservado en la oralidad- era necesaria en la época ya que, como señala el autor:

Pintaremos lo que pasó antes de la Palabra de Dios, antes del Cristianismo: lo reproduciremos porque no se tiene ya más la visión del Libro del Consejo, la visión del alba, de la llegada de ultramar, de nuestra vida en la sombra, la visión del alba en la vida (2007, p. 5).

La labor del Padre Ximénez fue no sólo la de traducir el texto al castellano, sino la de defender el texto ante la iglesia de la época, dando cuenta de las similitudes existentes entre la visión mítica maya de creación del mundo con la visión católica del génesis bíblico.

Aquél que ame la mitología amerindia tiene en este texto –fuente primaria- la oportunidad de conocer una visión indígena del mundo prehispánico maya-quiché; una visión sobre cómo fue creado el mundo y el hombre de maíz.

En el comienzo no existía nada. Únicamente el cielo y el mar, estáticos, existían. El mundo era quietud y silencio. Todo se mantenía a oscuras y sólo los dioses estaban en el mar. Entonces, los dioses decidieron reunirse y crear seres que habitaran el mundo. Los dioses crearon así la tierra, un lugar en el que el hombre futuro viviera y cumpliera su misión eterna, la alabanza constante a los dioses:

Que eso sea. Fecundaos. Que esta agua parta, se vacíe. Que la tierra nazca, se afirme”, dijeron. “Que la germinación se haga, que el alba se haga en el cielo, en la tierra, porque no tendremos ni adoración ni manifestación por nuestros contruidos, nuestros formados, hasta que nazca el hombre construido, el hombre formado (2007, p. 6).

Como en el Génesis, la tierra y todo lo demás fueron creados por la palabra: las montañas, las llanuras, los bosques, los ríos. En seguida, fueron creados los animales del bosque: los pájaros, los venados, las serpientes, los jaguares, y cada uno de ellos comenzó a actuar como era esperable debido a su naturaleza. Aparecieron los sonidos, el canto de las aves, el grito de las bestias. También fueron estos seres conminados a alabar a sus creadores:

En adelante decid nuestros nombres, alabadnos, a nosotros vuestras madres, a nosotros vuestros padres... Habladnos, invocadnos, adoradnos (2007, p. 7).

Sin embargo, los animales del bosque no tenían la capacidad de adorar a los dioses en el lenguaje que ellos esperaban, en el que pudieran ser sus nombres pronunciados. Pensaron los dioses en crear un ser de mayor perfección, aquel que pudiera invocar sus nombres.

La creación del hombre se hizo, como en el caso de la cosmogonía azteca, en sucesivas etapas, cada cual con mayores logros y perfección respecto de la etapa inmediatamente anterior. En el primer intento:

De tierra hicieron la carne. Vieron que aquello no estaba bien, sino que se caía, se amontonaba, se cambiaba en tierra, se fundía; la cabeza no se movía, el rostro quedábase vuelto a un solo lado; la vista estaba velada...al principio hablaron, pero sin sensatez. En seguida, aquello se licuó, no se sostuvo en pie (2007, 8-9).

Los dioses, reunidos de nuevo en consejo, pensaron luego en formar al hombre construido en madera.

Los nuevos seres hablaron, se reprodujeron. Sin embargo:

No tenían ingenio ni sabiduría, ningún recuerdo de sus constructores, de sus formadores; andaban, caminaban sin objeto. No se acordaban de los Espíritus del Cielo; por eso decayeron. Solamente un ensayo, solamente una tentativa de humanidad. Al principio hablaron, pero sus rostros se desecaron...Por tanto no había ninguna sabiduría en sus cabezas (2007, 9).

Ningún ser incapaz de invocar y alabar a sus creadores podía sobrevivir en esta creación. Los hombres y mujeres de madera desaparecieron finalmente en una inundación. Se dice que los monos que viven hoy en las selvas están emparentados con aquellos primeros hombres de madera, castigados por no cantar alabanzas a sus creadores.

En esta etapa de la vida aún no existía el sol. El principal Guacamayo, alejado, orgulloso en su sitial enjoyado, creía ser el astro solar. Sin embargo, era un dios falso, un dios que no iluminaba toda la tierra, y que no sobrevivió a la inundación que acabó con los hombres de madera.

De nuevo, los dioses reunidos en consejo pensaron qué podría constituir la carne de los hombres de la tierra. Los animales les descubrieron el maíz, aquello que sustentaría desde entonces el cuerpo de los hombres:

En casas sobre pirámides, en mansión de los peces, así llamadas, nacían las mazorcas amarillas, las mazorcas blancas. He aquí los nombres de los animales que trajeron el alimento: zorro, coyote, cotorra, cuervo...He aquí que se conseguía al fin la sustancia que debía entrar en la carne del hombre construido, del hombre formado: esto fue su sangre; esto se volvió la sangre del hombre. Esta mazorca entró en el fin en el hombre por los creadores, los engendradores (2007, p. 45).

Con ese único sustento en su carne fueron creados los cuatro primeros hombres, aquellos de los cuales des-

ciende todo el pueblo maya. Los cuatro eran varones y podían mirar, escuchar, pensar y comunicarse por medio del lenguaje. Fueron entonces interrogados por sus creadores, los dioses. Se les preguntó si estaban satisfechos con todo lo que ellos les habían otorgado. Si así era, sólo tenían que salir en busca del conocimiento, del mundo a su alrededor. Los nuevos hombres sobre la tierra agradecieron hasta tres veces a sus creadores por todos los dones entregados.

Pensaron los dioses que los cuatro hombres necesitarían mujeres para reproducirse en la tierra y les entregaron esposas para que engendraran hijos y se propagaran por toda la tierra.

Sólo les quedaba a estos seres esperar el nacimiento del sol. Sucedió en la ciudad llamada Lugar de la Abundancia- Siete grutas- Siete barrancos, donde fueron a encontrarse con los dioses y a calentarse en torno al fuego recién creado:

He aquí, pues, el alba, la aparición del sol, de la luna, de las estrellas. Brujo envoltorio, Brujo nocturno, Guardabotín, Brujo lunar, se regocijaron mucho cuando vieron a Luna- Sol<sup>4</sup>; primero salió ella; con la faz iluminada, salió primero ella, antes que el sol. Desenrollaron en seguida sus copales, venidos de allá lejos, del Oriente, pues servirse de ellos en seguida estaba en su espíritu. Los tres desenrollaron lo que ofrecían sus corazones... Agradables fueron sus gritos cuando danzaron quemando copales preciosos. En seguida gimieron de no ver, de no contemplar el nacimiento del día. Después, cuando salió el sol, los animales pequeños, los animales grandes, se regocijaron; acabaron de levantarse en los caminos de las aguas, en los barrancos; se pusieron en las puntas de los montes, juntos sus rostros hacia donde sale el día...En verdad todos los animales se regocijaron (2007, p. 56).

Cuando el sol avanzó en el cielo por primera vez, fue tal su fuerza y luminosidad, que todos los animales, fieras que acechaban a los hombres, fueron secadas por el calor de aquél y quedaron solidificadas, petrificadas. Se dice que gracias al sol es que los hombres hoy no tienen que preocuparse por el acecho de estas

criaturas, por sus mordeduras asesinas. La alegría de los primeros hombres cuando vieron esto fue tanta que comenzaron a danzar y a festejar. Fue a partir de la primera aurora que los hombres comenzaron a multiplicarse y a poblar la tierra.

### 3

Los Muisca son sólo uno de los muchos grupos aborígenes que vivían -independientes los unos de los otros- en los territorios de la actual Colombia, antes de la llegada de los españoles. A éstos los encontraron los conquistadores asentados en altiplanicies, a 3200 metros de altura sobre el nivel del mar, en los valles desde los que podemos ver los Andes septentrionales iniciar su lento declive.

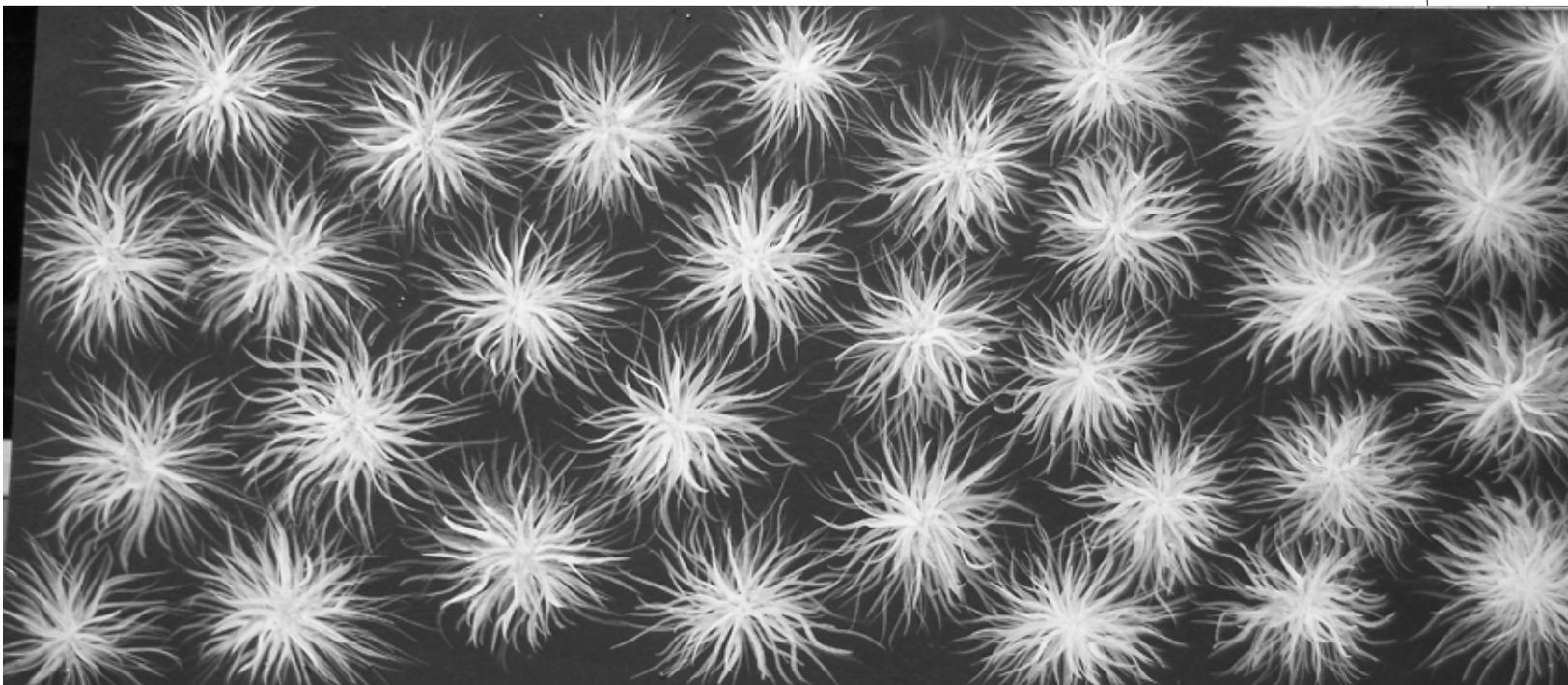
A diferencia de los territorios mexicano y peruano, son escasísimas las crónicas que disponemos a cerca de la vida y creencias del pueblo muisca, y menos información aún poseemos de sus pueblos vecinos: quimbaya, calima, tairona, sinú, tumaco, entre otros. De estas culturas nos ha llegado todo su conocimiento en materia artesanal: orfebrería, textilería, alfarería, etc., pero en casi todos los casos desconocemos su

pensamiento mítico, sus visiones cosmogónicas y el modo en que representaban al sol, así como el significado de éste en sus vidas.

Para el caso muisca disponemos de las crónicas de Fray Juan de Castellanos, Fray Alonso de Medrano, Fray Pedro Simón y, sobre todo, de Lucas Fernández de Piedrahita. En este último nos basaremos para dar cuenta de las representaciones míticas de este pueblo indígena precolombino y el papel que se otorgaba al astro solar en su cosmogonía.

Nos cuenta Fernández de Piedrahita que los muisca asumían que un dios único había creado todo. Este dios, que se manifestó en el primer remoto amanecer, había logrado una creación justa y maravillosa. Los muisca personificaron a este dios en el sol, a quien llamaban Zuhé. A la luna, su esposa, la llamaban Chía.

Contaban en sus leyendas que en una época remota había llegado a esas tierras un hombre extranjero, barbado, al que algunos llamaban Nemquetheba, otros Bochica y otros Zuhé. Había llegado para predicar su doctrina, basada en la bondad:



Predicábales el Bochica muchas cosas buenas... Conforman también en decir que aportó después una mujer de extremada belleza, que les predicaba y enseñaba cosas muy contrarias y opuestas á la doctrina del Bochica; y válese da otros tres epítetos diferentes para nombrarla: unos llamándola Chía, otros Yubecayguaya, y otros Huytháca, a cuyas opiniones, difundidas con novedad y malicia, su llegaba innumerable concurso de gente: achaque muy ordinario en la inclinacion humana; pero como eran malas las cosas que enseñaba, dicen los más, que el Bochica la convirtió en lechuzca; otros, que la trasladó al cielo, para que fuese mujer del sol y alumbrase de noche, sin aparecer de día por las maldades que había predicado, y que desde entonces hay luna. (Fernández de Piedrahita, 1881, Libro I, Capítulo 3).

He aquí la explicación de la adoración del sol y la luna por parte de los muiscas, que los caracterizó y que tomó en algunos casos dimensiones exageradas (de hecho, la adoración a uno u otro astro tuvo efectos en la organización política de estos territorios: los zipas adoraban a la luna y los zaques adoraban al sol). En estos dos astros, uno masculino y el otro femenino, representaban también la necesidad y obligatoriedad de las cosas del mundo por complementarse las unas con las otras. Los muiscas concebían los objetos como pares que, en vez de oponerse, sólo cobraban sentido en su unión, en su convivencia, en su complementariedad.

Sabemos que el dios Sol fue siempre adorado fervientemente y cuenta la crónica que cada quince años los muiscas peregrinaban al templo más importante de todos los que habían construido, el Templo del Sol en Sogamoso (los otros estaban en Bogotá y Guatavita) y llevaban a cabo sacrificios humanos en alabanza a los dioses. Estaban estos templos plagados del enorme número de ídolos que adoraban. Entre éstos sobresalían figuras del sol y la luna, hechas con madera unas veces y con metales preciosos otras. En muchos casos compuestas de plata y oro:

Tenían templos ó santuarios...en ellos adoraban mucha diversidad de ídolos...Para aumentar el culto de esta falsa religión tenían sacerdotes y ministros de ella, que llamaban Chuques, todos agoreros, y que de ordinario consultaban al demonio con varias supersticiones, para que les diese respuestas á las consultas que le hacían. Por mano de estos sacerdotes se ejecutaban las victimas de sangre humana, y se hacían las ofrendas a sus ídolos, de esmeraldas, oro en polvo ó en puntas, y asimismo de diferentes figuras de culebras, sapos, lagartijas, hormigas y gusanos, casquetes, brazaletes, diademas, monas, raposas y vasos, todo de oro: ofrecían también tigres, leones y otras cosas de menos importancia, como son pájaros y vasijas de barro, con mantenimientos o sin ellos. (Fernández de Piedrahita, 1881, Libro I, Capítulo 3).

Así transcurría la ceremonia del sacrificio humano:

Los sacrificios que tenían por más agradables a sus dioses, eran los de sangre humana; y entre todos veneraban por el supremo el que hacían de la de algún mancebo natural de un pueblo que estaba fundado a las vertientes de los Llanos, y que se hubiese criado desde pequeño en cierto templo, que en él había dedicado al Sol. Pero este género de sacrificio no era común sino muy particular respecto de que los Caciques solamente y personas semejantes podían costearle; porque á estos mancebos (que llamaban Mojas) en teniendo hasta diez años los sacaban del dicho templo algunos mercaderes de su nación y los llevaban de provincia en provincia para venderlos en subidísimos precios á los hombres más poderosos, los cuales en habiendo al Moja a las manos, lo depositaban en algún Santuario hasta que llegase á los quince o diez y seis años, en cuya edad lo sacaban a sacrificar, abriéndolo vivo y sacándole el corazón y las entrañas, mientras le cantaban sus músicos ciertos himnos que tenían compuestos para aquella bárbara función. Pero si acaso el Moja (al tiempo que estaba encerrado) se hubiese mezclado con alguna mujer de las que había dedicadas al servicio de dicho Santuario, o con otra cualquiera de las de afuera, y lo referido llegaba á noticia de los sacerdotes, el Moja quedaba incapaz de ser sacrificado, no teniendo su sangre por acepta al Sol, como sangre pecadora y no inocente, y lanzábanlo luego

del templo como a infame, pero al fin quedaba libre de muerte por entonces (Fernández de Piedrahita, 1881, Libro I, Capítulo 4).

El relato de Fernández de Piedrahita da cuenta de lo cruento del acto que se efectuaba, y también de la exquisitez y preparación del joven que había de ser sacrificado: debía ser virgen y sólo la falta de castidad era motivo para ser librado del sacrificio. Como en el caso azteca, la sangre del muchacho sacrificado era regada sobre una piedra del templo y su cuerpo era despedazado y repartido por la tierra para que el sol bebiera y comiera.

El pueblo muisca, absolutamente obsesionado con la adoración al sol, fue poco a poco sustituyendo los sacrificios humanos por los de animales como loros y guacamayos, que se consideraban emparentados con el hombre por su facultad de emitir sonidos humanos.

Como es sabido, gracias a las crónicas, estos templos fueron incendiados, destruidos y saqueados a la llegada de Jiménez de Quesada. Sin embargo, los restos arqueológicos en esta área dan cuenta de una enorme actividad humana, comercial, cultural y religiosa en la época.

Otra de las actividades religiosas en las que se invocaba al Dios Sol era la de las procesiones. En éstas se mostraba el componente festivo asociado a todo ritual religioso realizado en la América precolombina. El sufrimiento y la angustia en las súplicas a los dioses mezclados con la alegría y el canto al sentirse escuchados y bendecidos por ellos:

Otras de las ceremonias más ostentosas que hacían los muiscas eran las procesiones, a las que asistían sus Reyes o Caciques, respectivamente, en ciertos tiempos del año... Las personas que salían en ellas (sin que entre en cuenta la innumerable multitud de gente que ocurría a verlas) serían de diez a doce mil, que la noche antes se lavaban los cuerpos para ir el día siguiente más decentemente adornadas...Dividíanse en cuadrillas y parcialidades con diferentes trajes y disfraces, arreados de patenas de oro

y otras diferentes joyas de que abundaban, aunque todas convenían en llevar pintados los cuerpos de vija y jagua. Unos iban representando osos, otros en figura de leones y otros de tigres...y a este modo con otras muchas representaciones de animales diversos. Iban los Sacerdotes con Coronas de oro en forma de mitras, a quienes seguía una prolongada cuadrilla de hombres pintados, sin disfraz ni joya alguna sobre sí, y éstos llorando y pidiendo al Bochica y al Sol mantuviesen el estado de su Rey o Cacique, y le otorgasen la súplica y ruego a que había dispuesto aquella procesión, para lo cual llevaban puestas máscaras con lágrimas retratadas tan al vivo que eran de ver. Y era lo más gracioso de todo, que luego inmediatamente entraba otra caterva dando los unos grandes risadas y saltando de alegría, y diciendo los otros que ya el Sol les había concedido lo que los delanteros le iban pidiendo con lágrimas; de suerte que de las risadas, lloros y gritos se componía una barahúnda tal cual se deja entender, y más viendo que en pos de aquella alegría descompasada iban otros con máscaras de oro disfrazados y con las mantas arrastrando por el suelo en forma de canda, que al parecer debían de hacerlo con fin de barrer la carrera para que otros danzasen; pues les iba casi pisando las mantas otra gran muchedumbre de ellos ricamente adornados, bailando y cantando al compás triste y flemático de sus maracas y flautas, y tras ellos otros y luego otros, y tantos con diferentes invenciones, que no es fácil reducir a la pluma la diferencia de sus cuadrillas y galas (Fernández de Piedrahita, 1881, Libro I, Capítulo 4).

Como en todo el continente, el muisca fue otro pueblo más seducido por el culto al sol.

#### 4

La reacción a las ceremonias de adoración al sol que llevaban a cabo los indígenas americanos es un tema recurrente al cual dedicaron numerosas páginas casi todos los cronistas. Es de suponer que éstos quedaban paralizados al presenciar los actos de sacrificios humanos y animales, la prolijidad de ídolos, la exageración en cuanto al simbolismo que imperaba en el nuevo mundo, el mundo de la América prehispánica.



En el discurso de los cronistas (como en cualquier discurso) se deja ver todo un posicionamiento, una subjetividad hacia lo narrado. Es por esto que en muchos casos los textos de los cronistas no son tan narrativos como argumentativos.

El lenguaje puede ser inocente, pero sabemos que no lo es el hombre, su usuario. El usuario del lenguaje no desaparece en sus discursos. En ellos aparecen sus deseos, sus intenciones e intereses, su ideario, su ética. Por ello, el conflicto vital causado tras el encuentro con los nuevos seres provocó en los cronistas diferentes reacciones. En algunos casos, esta reacción fue científica, de observación y análisis de la novedad. En otros casos, la reacción fue valorativa, en una actitud de rechazo y de juicio, como quien decide taparse los ojos con una venda y obviar la realidad que tiene frente a sí. Todas estas reacciones están presentes en los discursos de los cronistas y deben ser consideradas en su contexto, como opciones lógicas del momento histórico, apasionante pero también precipitado que les tocó vivir.

En el capítulo 121 de su *Apologética Historia Sumaria*, Fray Bartolomé de las Casas, en su presentación de los numerosos dioses adorados por los indígenas que vivían en la Nueva España, escribió a cerca de la supremacía de la divinidad solar:

Es de tomar por regla general que por todo aquello que se sabe de aquella vastísima tierra firme, todos veneraban al sol y lo estimaban por el mayor y más poderoso y digno de los dioses, y a éste dedicaban el mayor y más sumptuoso y rico y mejor templo...Por toda la Nueva España tantos eran los dioses y tantos los ídolos que los representaban que no tenían número. Yo he visto casi infinitos dellos (1992, V.2 Cap. 121).

Y en cuanto a los sacrificios rituales, prosigue así:

Las cosas que sacrificaban eran todas animadas. Sacrificaban animales, conviene a saber, leones, tigres, onzas, que son como gatos grandes, raposos y otros que llamaban

coiotles, que son como entre lobo y raposo; venados, liebres, conejos y perrillos...aves de cuantas podían tomar...culebras y lagartos y lagartijas...pero el más noble y alto sacrificio que estimaban y más dellos usado y ejercitado y continuado, era el sacrificar hombres y bañallo todo con sangre humana suya propia de cada uno y de otros, y la que de sí mismos derramaban y con cuánto dolor, era cosa espantable. Ofrecían de sus propios sudores y trabajos y de la hacienda que tenían y ganaban, hasta empeñarse y algunas veces venderse para pagar lo que sacrificaban.

En la ciudad de México hacían esta cerimonia, conviene a saber, que por mandamiento de los pontífices y sacerdotes mataban todos los fuegos de los templos y de todas las casas, y para esto salían ciertos ministros del gran templo de México e iban a una ciudad llamada Iztapalápan donde había un templo con quien tenía el gran rey Motenzuma muy arraigada devoción. Allí subidos, en la media noche, sacaban nueva lumbre de ciertos palos y a gran priesa llevábanla luego al dicho templo mayor de México y ofrecíanla ante de los ídolos. Estaba luego aparejado un cautivo de los habidos presos en guerra, y delante aquel fuego y lumbre sacrificándolo, le sacaban el corazón, y con la sangre dél, el pontífice mayor rociaba el fuego a manera de bendición. Hecho esto daba licencia el summo sacerdote que todos tomaran del fuego. Cada uno de los que habían venido, por su devoción, a la fiesta, tomaban del fuego bendito y llevábanlo a sus pueblos con gran solemnidad, regocijo y alegría (1992, V.2 Cap. 121).

Bartolomé de las Casas, a pesar de su actitud siempre asertiva hacia el mundo indígena, no podía esconder la conmoción terrible que sentía al observar los sacrificios aztecas. El figurar del fuego en todo lugar es el símbolo que representa la omnipresencia del Dios Sol, y a esto se acogió de las Casas para defender una supuesta natural disposición de estos hombres para recibir al Dios de los cristianos. En estos rituales manifestaban los indios un hondo sentimiento espiritual y esto, para de las Casas, los hacía ser otro pueblo (por encima incluso “de los otros gentiles”) elegido para ser evangelizado.

La crónica de Bernal Díaz del Castillo complementa la anterior. Quien dice relatar la verdadera historia de la conquista de la Nueva España da cuenta de uno de los momentos más trascendentales en el encuentro de los dos mundos: la llegada de Hernán Cortés a la capital misma del poderoso imperio azteca, o lo que es lo mismo, la confusión histórica entre mito y realidad. Sabemos que los mexicas esperaban el regreso del Dios Quetzalcoátl, que había partido –por donde sale el sol- de aquellas tierras en una edad anterior, con la promesa de regresar en el año Ce Acatl y comprobar si su pueblo había cuidado adecuadamente su tierra. Ese año, en los calendarios europeos correspondía aproximadamente a 1519, año en que Hernán Cortés, con su medio millar de hombres desembarcó en la Costa de Veracruz y emprendió el camino que lo llevaría a tomar la ciudad más poderosa de todo el mundo prehispánico norteamericano: Tenochtitlán.

Cuando los aztecas vieron llegar a los hombres blancos y barbados, creyeron estar presenciando el retorno profetizado del príncipe Quetzalcoátl. Este capricho temporal le costó a Montezuma la pérdida de su imperio. ¿Era Cortés el dios que regresaba tal como indicaba la profecía, y entonces debía obedecerlo y servirlo; o eran seres extranjeros y monstruosos a quienes debía enfrentar? La fuerza del mito para el hombre indígena era tal, que el rey Montezuma nunca supo claramente qué estaba sucediendo frente a sí, y esa debilidad llevó a su pueblo a la ruina.

Los pueblos más intimidados y asediados por el poder azteca fueron, por esta misma confusión histórico-mítica, los primeros que se pusieron del lado de Cortés:

También dijeron aquellos mismos caciques que sabían de sus antecesores que les había dicho un ídolo, en quien ellos tenían mucha devoción, que vendrían hombres de la parte de donde sale el sol y de lejanas tierras a sojuzgarlos y señorearlos; que si somos nosotros, holgarían de ello,

pues tan esforzados y buenos somos. Cuando trataron las paces se les acordó de esto que les habían dicho sus ídolos, y por aquella causa nos dan sus hijas para tener parientes que los defiendan de los mejicanos.

Desde que acabaron su razonamiento, todos quedamos espantados, y decíamos si por ventura decían verdad. Nuestro capitán Cortés les replicó y dijo que ciertamente veníamos de hacia donde sale el sol, y que por esta causa nos envió el rey nuestro señor para tenerles por hermanos, porque tiene noticia de ellos, y plega a Dios que nos dé gracia para que por nuestras manos e intercesión se salven. Y dijimos todos amén (Díaz del Castillo, 2003: 40).

Días más tarde, cuando se produjo el encuentro amistoso entre el rey Montezuma y Hernán Cortés, los españoles no podían creer la majestuosidad y la suntuosidad de la capital azteca. Sobre el paseo de reconocimiento de la ciudad a que Cortés y sus hombres son invitados, Díaz del Castillo alude brevemente a los sacrificios humanos que cotidianamente se brindan al Dios Sol- Huitzilopotl:

Cuando llegamos cerca del gran cu, antes que subiésemos ninguna grada de él, envió el gran Montezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificios, seis papas y dos principales para que acompañasen a nuestro capitán general. Como subimos a lo alto del gran cu, en una placeta que arriba se hacía, adonde tenían un espacio como andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras, adonde ponían los tristes indios para sacrificar, allí había un gran bulto de cómo dragón, y otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día (2003: 60).

Uno de los adoratorios al Dios Huitzipolotl (Huichilobos, para Cortés y sus hombres) –el dios de la guerra personificado en el sol, el dios con el que Tlacaelel había transformado el destino del pueblo azteca para convertirlo en un pueblo con una misión: la defensa de la vida- eran descritos así por el cronista:

Y luego que con ellos hubo hablado, dijo que entrásemos en una torrecilla y apartamiento a manera de sala, donde estaban dos como altares, con muy ricas tablazones encima del techo. En cada altar estaban dos bultos, como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos, y el primero, que estaba a mano derecha, decían que era el de Huichilobos, su dios de la guerra. Tenía la cara y rostro muy ancho y los ojos disformes y espantables. En todo el cuerpo tanta de la pedrería, oro, perlas y aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como raíces, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno de ello, y ceñido al cuerpo unas a manera de grandes culebras hechas de oro y pedrería, y en una mano tenía un arco y en otra unas flechas. Otro ídolo pequeño que allí junto a él estaba. Que decían que era su paje, le tenía una lanza no larga y una rodela muy rica de oro y pedrería. Tenía puestos al cuello el Huichilobos unas caras de indio y otros como corazones de los mismos indios, y éstos de oro y algunos de plata, con muchas pedrerías azules (2003: 61).

Al fin y al cabo, el azteca – pero no sólo el azteca, sino el muisca, el maya, el inca y muchos más- era el pueblo escogido por el sol.

## NOTAS

- 1 Traduttore, tradittore
- 2 Es habitual asimilar con excesiva ligereza a los guajolotes con los animales que hoy conocemos como 'pavos'. Sin embargo, esa asimilación la llevaron a cabo los españoles. La etimología de la palabra nos revela su verdadero sentido: deriva de huey: grande, y xólotl: monstruo. Un guajolote es entonces, para los nahuas, un ser de proporciones exageradas.
- 3 Las crónicas, los códices, los libros de pinturas y los poemas escritos en lengua náhuatl son las únicas fuentes primarias de las que disponemos a la hora de elaborar una explicación del pensamiento indígena, elaborada por el mismo indígena. Hoy, repartidos por los museos de todo el mundo, disponemos de documentos completos e incompletos, prehispánicos y poshispánicos, que dan cuenta de una visión indígena de la historia. Se los debemos a indígenas o mestizos como Fernando Alvarado Tezómoc, Chimalpain e Ixtlixóchitl.
- 4 Se trata de Venus (el lucero del alba), la estrella que puede ser observada en las horas del amanecer y del atardecer.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alvarado Tezozómoc, F. (1949). *Crónica Mexicáyotl* escrita en náhuatl. México: Instituto de Historia, Imprenta Universitaria.
- Anónimo. (2007). *Popol Vuh*. Buenos Aires: Losada
- Arango Cano, J. (1989). *Mitología en América Precolombina*. Bogotá: Plaza y Janés.
- De Las Casas, B. (1992). *Apologética Historia Sumaria*. Madrid: Alianza Editorial.
- Correa Rubio, F. (2005). Sociedad y naturaleza en la mitología muisca. *Tabula Rasa*, 3, 197- 222
- Díaz del Castillo, B. (2003). *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*. Editorial El Cardo, Buenos Aires.
- Fernández de Piedrahita, L. (1881). *Historia General de las Conquistas del Reino de Nueva Granada*. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas.
- Fuentes, C. (2000). *Los cinco soles de México*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.
- León- Portilla, M. (1995). *Los antiguos mexicanos*. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Oliva, C. y Torres Monreal, F. (1990). *Historia Básica del arte escénico*. Madrid: Cátedra.